

CUBA EN TIEMPO DE GUERRA

Cuando estalló la revolución en Cuba hace dos años, los españoles comenzaron inmediatamente a construir pequeños fuertes, y continuaron añadiendo a estos y mejorando los ya construidos, hasta que ahora toda la isla, que tiene ochocientas millas de largo y un promedio de ochenta millas de ancho, está tan densamente sembrada de estos pequeños fuertes como lo está la suela de un zapatón con clavos de hierro. Es necesario tener presente el hecho de la existencia de estos fuertes para comprender la situación en Cuba en el momento actual, ya que ilustran el plan de campaña español, y explican por qué la guerra se ha prolongado tanto tiempo, y por qué puede continuar indefinidamente.

La última revolución fue organizada por los aristócratas; la presente es una revolución del pueblo, y, aunque las principales familias cubanas están de nuevo entre los líderes, con ellos están ahora los representantes de la «gente común», y la causa es ahora una causa común en el trabajo por cuyo éxito todas las clases de cubanos están desesperadamente empeñadas.

El estallido de esta revolución se vio acelerado por una oferta de España para realizar ciertas reformas en el gobierno interno de la isla. Los antiguos líderes revolucionarios, temiendo que la promesa de estas reformas pudiera satisfacer a los cubanos, y que estos dejaran de esperar la independencia completa, iniciaron la revuelta, y pidieron a todos los cubanos leales que no aceptaran las llamadas reformas cuando, luchando, podrían obtener su libertad. Otra causa que precipitó la revolución fue la

depresión financiera que existía en toda la isla en 1894, y el cierre de los ingenios azucareros en consecuencia. Debido a la falta de dinero con que pagar a los trabajadores, la molienda de la caña de azúcar cesó, y los hombres fueron despedidos por centenares, y, a falta de algo mejor que hacer, se unieron a los insurgentes. Algunos hacendados creen que si España les hubiera prestado suficiente dinero con el que continuar la molienda, los hombres habrían permanecido en los centrales, como se llama a los talleres de maquinaria y residencia de una plantación de azúcar, y que tan pocos habrían ido al campo contra España que la insurrección podría haber sido sofocada antes de que hubiera ganado impulso. Un anticipo a los hacendados azucareros de cinco millones de dólares entonces, según dicen, habría ahorrado a España el desembolso de muchos cientos de millones gastados más tarde en mantener un ejército en el campo. Eso puede ser cierto o no, y no es importante ahora, pues España no atacó a los insurgentes de esa manera, sino que comenzó apresuradamente a construir fuertes. Estos fuertes se extienden ahora por toda la isla, algunos en líneas rectas, algunos en círculos, y algunos zigzagueando de cima de colina en cima de colina, algunos a un cuarto de milla del siguiente, y otros tan cerca que los centinelas pueden lanzarse un cartucho de uno a otro.

La isla está dividida en dos grandes campos militares, uno situado dentro de los fuertes, y el otro disperso por los campos y montañas fuera de ellos. Los españoles tienen el control absoluto sobre todo lo que se encuentra dentro de los lugares fortificados; es decir, en todas las ciudades, pueblos, puertos marítimos, y a lo largo de las líneas del ferrocarril; los insurgentes están en posesión de todo lo demás. No están en posesión fija, pero tienen el control tanto como se puede decir que un toro bravo

tiene el control de un lote de diez acres cuando se lanza al ataque. Algún granjero puede poseer un derecho legal sobre el lote de diez acres, mediante escrituras de propiedad o en forma de hipoteca, y el toro puede ocupar solo una parte de él a la vez, pero él tiene la posesión, que es mejor que la ley.

Es difícil imaginar una línea trazada tan estrechamente, no alrededor de una ciudad o pueblo, sino alrededor de cada ciudad y pueblo en Cuba, que nadie pueda cruzar la línea ni desde fuera ni desde dentro. Los españoles, sin embargo, han logrado efectuar y mantener un bloqueo de ese tipo. Han colocado fuertes junto a las hileras de casas o chozas en las afueras de cada pueblo, a cien yardas unos de otros, y fuera de este círculo hay otro círculo, y más allá de eso, en cada terreno elevado, hay todavía más de estos pequeños fuertes cuadrados, que no son mucho mayores que las estaciones de señales a lo largo de las líneas de nuestros ferrocarriles y no son diferentes a ellas en apariencia. Nadie puede cruzar la línea de los fuertes sin un pase, ni entrar desde el campo más allá de ellos sin una orden que muestre de qué lugar viene, a qué hora dejó ese lugar, y que tenía permiso del comandante para dejarlo. Un extraño en cualquier ciudad de Cuba hoy está virtualmente en una prisión, y está tan aislado del resto del mundo como si estuviera en una isla desierta o en un barco de guerra flotante. Cuando desea partir es libre de hacerlo, pero no puede salir a pie ni a caballo. Debe hacer su partida en un tren de ferrocarril, de los cuales rara vez salen más de dos de cualquier ciudad en veinticuatro horas, uno yendo hacia el este y el otro hacia el oeste. Desde La Habana parten diariamente varios trenes en diferentes direcciones, pero una vez fuera de La Habana, solo hay un tren de regreso a ella. Cuando se está en los vagones se sigue en presencia y bajo el